

En el siglo XIII, el conde de Belmonte (en el Montferrat) concibió un amor violento por la hija de uno de sus siervos. Se llamaba Abelina. El conde debía disfrutar del derecho de señor que sobre ella tenía; pero nadie parecía tener prisa por casarla y su impaciente llama se ofendía por aquella lentitud.

Un día, mientras estaba de caza, encontró a la joven Abelina guardando los rebaños de su padre; el conde le preguntó que por qué no le daban esposo.

—Vos sois la causa de ello, mi señor —respondió—. Los jóvenes no quieren sufrir más la deshonra y la vergüenza del derecho que tenéis a pasar con sus mujeres la primera noche de bodas; y nuestros padres ya no quieren casarnos hasta que el derecho de pernada sea abolido.

El señor de Belmonte ocultó su despecho y mandó que dijese al padre de la joven que quería verle.

El viejo Ceceo (éste era el nombre del padre de Abelina) se dirigió inmediatamente al castillo.

La noche llega y, en contra de su prudencia, Ceceo no vuelve a casa. Dan las doce, Ceceo no ha vuelto; ¿estará muerto?

En el momento en que su mujer y su hija empezaban a perder toda esperanza, una sombra de un tamaño desmesurado apareció sin hacer ruido en medio de la habitación. Las dos mujeres, horrorizadas, apenas se atreven a levantar los ojos.

El fantasma se acerca y les dice:

—Soy el alma de vuestro Ceceo.

—¡Oh, padre mío! —exclama Abelina—. ¿Qué bárbaro os ha quitado la vida?

—El tirano de Belmonte acaba de asesinarme —respondió el fantasma—, y tú eres la causa inocente de mi muerte. Me dirigía, pues tú me trajiste la orden, al castillo del monstruo. ¡Ojalá nunca hubiera encontrado la entrada! Pero no podía escapar de sus manos crueles. En cuanto me introduje en una habitación un poco oscura, puse el pie en una trampilla que se hundió; caí en un pozo profundo lleno de hierros afilados, en donde pronto abandoné la vida. He franqueado las puertas de la terrible eternidad. Estoy esperando mi sentencia, voy a ser juzgado por mis obras, pero cuento con la

clemencia inefable de mi Dios, y mi conciencia está limpia. Si quieres a tu padre, si lloras su muerte, ¡oh, hija mía!, piensa en vengarme y en liberar a tu patria. Y tú, esposa bien amada, seca tus lágrimas y queda en paz. Los días apacibles se aproximan, la tiranía va

a caer...

Entonces la sombra resplandeció llena de luz y desapareció en medio de una nube. La única huella que quedó de su aparición fue la marca de la mano que había apoyado en el respaldo de una silla.

La profecía del espectro se cumplió: poco tiempo después, los campesinos de Belmonte, se alzaron en armas y mataron a su señor, destruyeron la ciudadela y fundaron libremente la pequeña ciudad de Nice de la Paille.